

# LA RUTA DE SU EVASIÓN

©: Del texto: Dominio Público

©: De la fotografía: J. Aubert (copia)

Judas debió sentir una angustia similar a la suya cuando miró a Jesús en manos de los soldados, preso e indefenso. Debió sufrir como ella cuando esperó impaciente el milagro de la liberación que revelaría la índole divina de su amor. Y más, mucho más que ella cuando tuvo que rendirse a la evidencia. Judas no esperó la resurrección: se ahorcó por derrota, al sentir que un gusto amargo anegaba su lengua; se ahorcó por desesperanza.

Ella, sentada en la cama, a los pies del cadáver, con la cabeza entre las manos, lanzando angustiosas miradas a los ojos inmensamente abiertos de Gabriel, no tenía ya nada que esperar, porque la donación del hombre resultaba inútil. Gabriel se suicidó para entregarse, realizando el único acto humano de su vida, pero la entrega efectiva, esa que ella podía tomar con su impotente gesto de mujer viva, no pudo lograrla. Había sido un río cuyas orillas fueron en verdad su propio cuerpo; hoy entre las dos orillas de su cuerpo inmóvil, el río de sí mismo estaba helado. Quedaba la forma generosa del agua; el síntoma estructural de su ser; el gesto estratificado de su arranque magnífico cuyo símbolo eran los ojos abiertos mirando siempre sin ver, la barbilla convulsa, la mano agrotada sobre el género; pero de la entrega no quedaba nada. La calidad viva, movediza, animada, fluente, voluntaria de la entrega no se había realizado. Gabriel, así tendido, con su cuerpo de muerto, su frío de muerto y su rigidez de muerto, era en sí mismo el grado crítico que produce la solidificación de todos. El gesto de generosidad no lograda perduraría siempre como un gesto, nada más.

Aurora sentía el vano pesar como loza sobre ella. Vano todo: su sacrificio pequeño y constante, su amor, su admiración y por último el grandioso acto redentor de Gabriel. Había querido darle y no pudo darle nada. Ella quiso dar y él no recibió nada tampoco. Al llegar a este punto de sus reflexiones ocurrió de súbito, así como ocurren siempre los hechos trascendentes, el cambio inesperado. El convencimiento de no haber dado y de no haber recibido a cambio le produjo la certeza invencible de que ella estaba intacta. Tuvo una alegría recóndita, el amago de una sonrisa, el síntoma del optimismo. Miró al muerto y una vez más trató de cerrar sus ojos, pero no pudo. Después se puso de pie y fue has-

ta la ventana. Todo dolor y angustia habían desaparecido de su expresión.

“¡Pero si yo estoy libre! Él está muerto. Yo lo llamé y no contesta. El estuvo y está muerto, pero ahora amo la vida. ¡Pero si estoy alegre! Deseos de comenzar algo, una conversación, un trabajo... ¡Pero si estoy libre! No hizo más, tal vez, que devolverme lo que yo le había entregado. Así... una mujer completa plantada frente al mundo. Tengo ganas de reír, reír a carcajadas, decir palabras nuevas: flor, gusano, pajarillo, clavo, pez, música, azul... Preferiría que no fueran azules. Es raro que me gustara antes, para estas cortinas, ese borroso color gris-azul en que soñaba. Serán de cretona floreada, de fondo amarillo... Hay un amarillo que produce la miel con toda su dulzura y tibieza... Comienza a amanecer... Abrir las ventanas... que entre aire por toda esta casa... y sol... mucho sol... nunca había pensado que fuera tan bonito el sol... Lo veré salir... y todo será mejor...”

Apagó la luz artificial y esperó en la obscuridad submarina el amanecer el milagro del nuevo día. Todos los ruidos madrugadores de la ciudad comenzaban: sirenas roncadas que repetían, acentuando la gravedad de su nota, cada cuarto de hora el llamado; sirenas agudas empeñadas en imponer su grito; melancólicas sirenas de lamento prolongado; pito de trenes partiendo hacia todos los rumbos desde una estación que se adivinaba allá a lo lejos por una densa acumulación de humo y el alto negro de las techumbres; pastoso sonido de rueda de automóvil sobre el asfalto mojado de rocío; campanas graves llamando a misa, tendiendo redondeles de imploración para despertar la pecaminosa pereza ciudadana; el valsecito francés de un organillo tardío; pregones guturales e incomprensibles de algún vendedor prematuro; allá, a lo lejos, despidiéndose, el bucólico silbido del sereno, pastorilidad absurda y melancólica de la gran ciudad dormida.

Sobre una rama del árbol frontero, el chillido zigzagante de un pajarillo “¡Es primavera!”. Aurora miró el árbol, mucho más bajo que sus ojos, y sintió un estremecimiento gozoso al observar que en todos los puntos sensibles le salían piquitos cataños, todavía defendidos del frío por una flaca simulación de corteza; en algunos de esos piquitos afloraba el cucurucho verde de la hoja, y en unos cuantos, una hoja adulta vibraba estrenando verde. “¡Es primavera!”

En la calle, todavía sombreada por los altos edificios, circulaban ya algunas personas. Una



beata, negra de los pies a la cabeza, se apresuraba; iba a misa. Uno que otro trasnochador envejecido pasaba tambaleante o detenía un coche. Los repartidores de pan, en equilibrio sobre su bicicleta, bufanda al cuello, la nariz morada de frío, el aliento visible en forma de cónica columna ante ellos, hacían arabescos sobre el pavimento libre a esa hora de tráfico, tambaleando la dorada mercancía que despedía también un denso vaho perfumado y caliente. El lechero, rendido ya por la anunciación de su dura jornada, botella en mano, comenzaba en el edificio de enfrente a tocar por turno todos los timbres, mientras le dirigía alguna broma a la criada. Pasó una muchacha con cara atribulada, elegantísima, resto náufrago de alguna orgía mjal terminada. Llevaba el pelo suelto, zapatos dorados de tacón bajo, un abrigo de pieles por el que asomaba la inmensa falda circular larguísima, casi hasta los tobillos. Aurora miró su propio vestido que apenas le cubría las rodillas. “¡Pero si se usa largo! ¡Y cómo he de tener el pelo, amarrado desde ayer con una tira en la coronilla! ¡Sin arreglarme, sucia y despeinada!”

Dio la vuelta y se plantó ante el espejo. Pensó que era bonita, dilató los ojos que le parecieron tan verdes como la hoja del árbol, se tocó las encías y examinó sus dientes. Después analizó el vestido quitándose violentamente el delantal que todavía llevaba pues-

to. “¡Si se usa largo! ¿Cuánto tiempo hace que no me miro en un espejo así como hoy? ¡Pero mucho tiempo! Tendré que bajar del dobladillo de mis vestidos... o hacerme otros... Me peinaré con el cabello suelto... ¿Le podré yo gustar a algún hombre? ¡Porque estoy tan fea!”

Una alegría desconocida, nueva como la sorpresa de la primera, dominaba su espíritu. Jubilosa como el tan de la campana, húmeda como el aire de la mañana, luminosa como el amanecer. Un impulso de vida, la esperanza de un cariño, la libertad de una opresión, la voluptuosidad del aire, el instinto de renacer, todo estaba en ella. Había pasado la muerte deshaciendo un cuerpo y llevándose el oscuro sueño anterior. Aurora pensó en la escoba, dispuesta a barrer. Abrió todas las ventanas de la casa para que entraran la luz y el sol; acomodó un poco los muebles; arregló prolijamente su peinado; tarareó una canción y se quedó escuchando al fin, con la boca abierta y sonriente, el trinar del pajarillo.

Después miró el cuerpo de Gabriel. No tenía ninguna pena, como si nunca el amor la hubiera poseído, como si no hubiera sido víctima del terror, como si nada de ella estuviera relacionado con el suicida. Se sentó a los pies de la cama y dijo sin dolor.

“El está muerto y no dormido. Es diferente. Esperaré a que se lo lleven.”